

CAPÍTULO XVI

Sublevación de Aqueo contra Antíoco y sus primeras conquistas. – Consejo de guerra sobre la incursión contra Ptolomeo. – Voto de Apolófanes sobre que se debía en primer lugar tomar Seleucia. – Ubicación y escalada de esta ciudad.

De regreso en la corte Antíoco (año -220), y puestas sus tropas en cuarteles de invierno, despachó una embajada a Aqueo para reprenderlo y afearle, en primer lugar, la osadía de haber ceñido la diadema y haberse proclamado rey, y en segundo para advertirle que estaba enterado de la alianza que tenía con Ptolomeo, y de otros muchos excesos a que le había conducido su injusticia. Efectivamente, Aqueo se había llegado a persuadir que en la expedición contra Artabazanes podría muy bien ocurrir a Antíoco alguna fatalidad, o caso que no le ocurriese, se prometía, por la gran distancia que mediaba, invadir con anticipación Siria, y con la ayuda de los cirrestes que habían abandonado el partido del rey, apoderarse rápidamente del reino. Con este propósito había salido de Lidia al frente de su ejército, llegó hasta Laodicea en Frigia, se ciñó la corona, tuvo la osadía de proclamarse rey y escribir como tal a las ciudades, estimulándole a esto principalmente

un desterrado llamado Garsieris. Iba continuando sin interrupción su camino, y ya se hallaba cerca de Licaonia, cuando se amotinaron las tropas, disgustadas de que se las llevase contra su rey natural. Aqueo, que advirtió la mudanza de espíritus en sus soldados, desistió de la idea proyectada; y para persuadirles que jamás había sido su ánimo invadir Siria, torció el camino y taló Pisidia, donde hecho un rico botín, con que ganó el afecto y confianza de su ejército, regresó a la corte.

Antíoco, bien instruido de todos estos excesos, despachaba continuos pliegos para Aqueo, llenos de amenazas, como hemos apuntado; pero le llevaban toda la atención las prevenciones de la guerra contra Ptolomeo. Con este fin, llegada la primavera, reunió sus tropas en Apamea, y consultó con sus amigos sobre el cómo se había de atacar Celesiria. Después de haberse disertado largamente sobre este particular, sobre la naturaleza de los lugares, sobre los preparativos y lo mucho que podría contribuir para esto una armada, Apolófanes, de quien anteriormente hicimos mención, natural de Seleucia, refutó todos los votos precedentes. Dijo que era una necedad anhelar tanto por la conquista de Celesiria, y entretanto mirar con indiferencia que Ptolomeo poseyese Seleucia, silla y domicilio, digámoslo así, de los dioses Penates del imperio; que prescindiendo de la ignominia que causaba al reino verla guarnecida por los reyes de Egipto, podía acarrear grandes y conocidas proporciones para el buen éxito de los negocios; que mientras estuviese en poder de los contrarios sería un obstáculo invencible a todos los propósitos, pues a cualquier parte que el rey pensase llevar sus armas, no menos debería providenciar y cuidar de poner en buen estado las plazas de su reino, por el daño que le podía provenir de esta ciudad, que de hacer preparativos contra los enemigos. Pero una vez tomada Seleucia, su bella situación era tal, que no sólo serviría de defensa al reino, sino que contribuiría muchísimo al logro de cualquier otro designio o proyecto por mar o tierra. Aprobado unánimemente el parecer de Apolófanes, se decidió tomar ante todo Seleucia, plaza que hasta entonces había tenido guarnición egipcia, desde que Ptolomeo Evergetes, irritado contra Seleuco por la muerte de Berenice, había marchado contra Siria y se había apoderado de ella.

Tomada esta decisión, Antíoco ordenó al almirante Diogneto que marchase con una escuadra a Seleucia; él, mientras, partió de Apamea con el ejército y acampó junto al circo, a cinco estadios de distancia de la ciudad. Despachó también a Teodoto Hemiolio con las fuerzas correspondientes a Celesiria, para que se apoderase de los desfiladeros y estuviese a la mira de sus intereses. La situación de Seleucia y naturaleza de sus alrededores es como se sigue.

Yace esta ciudad sobre el mar, entre Sicilia y Fenicia. Tiene contiguo a ella un monte muy elevado, llamado Corifeo. En la falda occidental de esta montaña vienen a estrellarse las olas del mar, que separan Chipre de Fenicia; y la oriental domina el país de Antioquía y Seleucia. La ciudad está mirando hacia la parte meridional, separada de la montaña por un barranco profundo e impenetrable. Uno de sus lados toca con el mar, y por casi todas las demás partes está rodeada y ceñida de precipicios y peñascos escarpados. Por la parte que la baña el mar se encuentra una llanura, donde está la plaza del comercio y el arrabal bien guarnecido de murallas. El restante espacio de la ciudad se halla igualmente defendido de costosos muros, y por dentro adornado de magníficos templos y edificios. Por el lado del mar sólo tiene una entrada a manera de escalera, hecha a mano y cortada con frecuentes y continuas gradas y escalones. A poca distancia de la ciudad desagua el Orontes, río que tomando su origen en las inmediaciones del Líbano y Antilíbano transcurre por el llano de Amice, viene a Antioquía por donde cruza y, recogiendo

en sus aguas todas las inmundicias de esta ciudad, desemboca por último en el antes mencionado mar no lejos de Seleucia.

El primer paso de Antioco fue enviar emisarios, que ofreciesen dinero y magníficas esperanzas a los principales, si de buenas a primeras le entregaban Seleucia. Fueron inútiles sus persuasiones para con los magistrados principales, pero corrompió algunos de los subalternos, bajo cuya confianza dispuso su armada, como que iba a atacar la ciudad por el lado del mar con la escuadra, y por el lado de tierra con las tropas del campo. Dividió su ejército en tres trozos, y después de haberlos animado como lo pedía la ocasión, y haber publicado grandes premios y coronas, tanto a los simples soldados, como a los oficiales que se señalasen, encargó a Zeuxis y a las tropas de su mando la puerta que conduce a Antioquía, apostó a Hermógenes junto al templo de Cástor y Pólux, y comisionó el ataque del puerto y del arrabal a Ardis y Diogneto, a causa de haberse convenido entre Antioco y los de dentro que, una vez ganado por fuerza el arrabal, ellos le entregarían después la ciudad. Dada la señal, se avanzó por todas parte con vigor y esfuerzo; pero el ataque más vivo fue el de Ardis y Diogneto, porque por las demás partes no se podía llegar a la escalada, si no se iba gateando y peleando al mismo tiempo; al revés de lo que pasaba por el lado del puerto y del arrabal, que se podía llevar, fijar y arrimar sin riesgo las escalas. Y así atacado con vigor el puerto por la escuadra, y escalado el arrabal por Ardis, al punto se rindió éste a la vista de la imposibilidad que había de ser socorrido por los de la ciudad, a quienes amenazaba por todas partes el mismo riesgo. Tomado el arrabal, sin dilación los magistrados inferiores que Antioco había sobornado acudieron a Leontio, en quien residía la suprema autoridad, para que enviase a tratar de paces con el rey antes que fuese tomada la ciudad por asalto. Leoncio, ignorante del soborno de sus subalternos, y asombrado de ver su consternación, envió diputados para que tratasen con el rey sobre la seguridad de todos los que se hallaban dentro de la plaza. El rey aprobó la condición, y prometió no hacer daño a las personas libres, en número de seis mil. Tomada después la ciudad, no sólo perdonó a los libres, sino que restituyó a su patria los desterrados y los restableció en el goce de su gobierno y haciendas; mas puso una buena guarnición en el puerto y en la ciudadela.